

053. La Iglesia que vemos

¿Qué es la Iglesia para ustedes? ¿Dónde está la Iglesia? Estas son las dos preguntas que lanzó una revista popular y que pedía por escrito las respuestas de los lectores. Al cabo de dos meses, aparecían publicadas las opiniones más diversas, pero que podían resumirse en tres o cuatro principales.

- Para unos, la Iglesia eran los templos y los curas. Es decir, una sociedad que tenía locales donde reunirse y unos jefes que la gobernaban o dirigían.

- Para otros, la Iglesia era una institución maravillosa que venía desde Jesucristo, perfectamente organizada y modelo en la práctica de la beneficencia.

- Algunos pensaban todo lo contrario. Es una filosofía que habla de Dios, de ángeles, de un cielo venidero, de mil cosas más que no se ven, y todo esto creído por hombres y mujeres que necesitan algo en que apoyar sus vidas.

- Finalmente, estaba también —como es natural— una respuesta muy diferente y muy acertada: La Iglesia es el Pueblo de Dios, la congregación de todos los bautizados, instituida por Jesucristo, su Cabeza invisible, y gobernada por los Pastores que el mismo Jesucristo puso al frente de la misma para guiarla hacia la Patria prometida.

Nosotros ahora vamos a resumir aún más todas estas respuestas y las vamos a reducir a dos. La primera expresa un error, que no podemos aceptar. La otra es la verdadera, y con ella nos quedamos bien firmes en nuestra fe.

¿Cuál es esa respuesta equivocada que no podemos aceptar? Es la de quienes nos dicen que la Iglesia no es institución de Jesucristo, sino organización de los hombres. Porque —siempre según ellos— Jesucristo fundó una Iglesia espiritual, con verdades para creer, normas morales de vida, promesas en que confiar, y con un Espíritu Santo que nadie ve, pero que guía a todos por donde El quiere sin que nadie se pueda meter con nadie.

Como se ve, éste es un error muy serio. Si fuera así, nadie podría distinguir la obra de Jesucristo; la Iglesia se despedazaría en mil trozos; cada uno sería dueño de sí mismo y caería en la tentación que el demonio presentó en el paraíso y en la cual sucumbieron Adán y Eva: *seréis como dioses...*

Nosotros no podemos estar con esos que dicen: *Yo estoy con la Iglesia de Cristo, pero no con la Iglesia 'institución'*.

No podemos estar con ellos, porque Jesucristo hizo precisamente todo lo contrario. La respuesta verdadera es la que nos dice que Jesucristo quiso una Iglesia visible, conocida por todo el mundo, organizada y bien compacta, de modo que nadie la pudiera confundir con otra institución humana.

La Iglesia es como nosotros: un espíritu unido a un cuerpo. La Iglesia es espiritual en el sentido de que tiene a Jesucristo por Cabeza invisible. Tiene al Espíritu Santo como el alma que anima todo el ser de la Iglesia. Posee la Gracia de Dios recibida mediante los Sacramentos. Profesa con la fe unas verdades altísimas. Sigue unas normas de moral muy puras. Espera un Cielo que todavía no vemos... Todo esto hace que la Iglesia sea verdaderamente espiritual y constituya un misterio.

Pero ese espíritu de la Iglesia se manifiesta precisamente en la Iglesia 'institución'. Jesucristo, Cabeza invisible que no vemos, dejó un Vicario suyo, el Papa, bien conocido de todos, y unos Pastores, los Obispos y sacerdotes sus colaboradores, por medio de los cuales nos guía de modo seguro.

El Espíritu Santo, alma de la Iglesia, manifiesta su acción por los Sacramentos, y vemos los efectos de su obra por la vida santa de sus hijos y por tantos carismas y ministerios que se desempeñan en la Iglesia.

Palpamos la Gracia —esa vida divina que llevamos dentro— por la oración y el culto, por las obras de caridad y apostolado. Hasta el Cielo futuro se nos adelanta como en una visión mediante los Santos reconocidos por la Iglesia, y en los cuales ha mostrado Dios su aprobación con milagros comprobados rigurosamente por la ciencia.

¿Qué significa todo esto? Que a la Iglesia de Jesucristo la podemos ver y la distinguimos de cualquier otra institución sin llevarnos a engaño. La Iglesia tiene elementos humanos y materiales que ocultan, a la vez que manifiestan, los elementos divinos que atesora dentro.

La Iglesia es como una de esas catedrales o templos grandiosos. Los vemos, y sus torres tan altas nos están señalando siempre a Dios en el cielo azul, como diciendo: *Si buscáis a Dios, yo os digo dónde está; y si me veis a mí, yo siempre os señalaré a Dios...*

No se pueden separar en nuestra mente la idea del templo y la idea de Dios. Mucho menos se pueden separar en la Iglesia la realidad de Jesucristo y la realidad de las instituciones humanas y visibles de la Iglesia, fundada así por el mismo Jesucristo.

Jesús nos dijo todo esto en el Evangelio con comparaciones que todos entendemos a la primera. La Iglesia es una ciudad construida sobre una montaña, y que no se puede esconder. Es una lámpara grandiosa, que alumbra la estancia de todo el mundo. Es un rebaño guiado por el pastor. Es un aprisco, donde se acogen las ovejas y corderos...

La Iglesia, como Jesús cuando fue juzgado ante los Jefes del pueblo, puede decir: *Yo no actúo nunca a escondidas. Yo no hablo en secreto. Yo lo hago todo públicamente...* (Juan 18,20)

Ésta es la seguridad que nos infunde nuestra Iglesia. Mientras su institución —tan atacada hoy por algunos desaprensivos— se fundamente sobre Pedro, al que Jesús dijo (Mateo 16,19): *Yo te doy las llaves del Reino, y lo que tú hagas en la tierra se dará por bien hecho en el Cielo*, mientras sigamos leyendo en el Evangelio estas palabras, nosotros no tenemos ninguna duda: vemos dónde está la Iglesia, la distinguimos, y por eso queremos vivir y morir en ella, porque en la Iglesia tenemos segura nuestra salvación.